dor francés y al holandés del ofrecimiento de su competidor. En abril del año 1672 firmóse el convenio por el cual se obligó la Suecia á atacar á cualquier potentado del imperio aleman que se pusiera del lado de la Holanda, y á reunir á este fin un ejército de 16,000 hombres en su territorio aleman, la Pomerania anterior, en premio de lo cual recibiria 600,000 talers (2'100,000 pesetas) que el rey cristianísimo pagaria cada año, y 400,000 talers (1'400,000 pesetas) anuales hasta el rompimiento de las hostilidades.

Este convenio se firmó cuando Luis XIV rompió las hostilidades contra las Provincias-Unidas de Holanda, porque con la cooperacion de la Suecia, se completaron sus preparativos diplomáticos, como ya se habian completado los militares, pues á punto estaban 120,000 hombres para satisfacer el odio que el *gran rey* tenia á los displicentes y descocados republicanos.

Hasta aquí no habian querido ver los holandeses el peligro que les amenazaba; pero al fin no pudieron ya disimularse los gobernantes aristócratas la cruel verdad de que su buen amigo Luis les tenia mucho odio, y muy pronto se arrojaria sobre ellos. Este descubrimiento les consternó tanto á todos, incluso á De Witt, que ni valor les quedó para pensar en hacer resistencia, ni buscar aliados. Dejaron que el emperador les abandonara; cesaron de pagar á la Suecia los subsidios pactados; no quisieron por terquedad de partido complacer al rey de Inglaterra en dar á su sobrino Guillermo de Orange un cargo digno de su categoría en la república y trataron con frialdad esquivando sus ofertas al elector de Brandeburgo, que habia rechazado todos los ofrecimientos de alianza con la Francia. Ante todo creian indispensable no irritar á Luis XIV, en la esperanza de aplacar su ira con una sumision servil. El embajador neerlandés en la corte de Francia, De Groot, suplicó al rey con la mas vergonzosa y rastrera humildad en los primeros dias del año 1672 que concediera la paz á su país diciendo: «Dígnese V. M. mandar que desarmemos y obedeceremos al instante, y este acto de obediencia realzará mas el lustre glorioso de V. M. que el número de soldados.» ¡A tanto habian llegado los nietos de los célebres *desarrapados (gueux)!* Luis contestó con el desprecio glacial y amenazador que merecia semejante bajeza diciendo: «Cuando supe que las Provincias-Unidas hacian diligencias para seducir á mis aliados y formar contra mí alianzas ofensivas, me decidí á ponerme en estado de defensa y puse algunas tropas sobre las armas; pero pienso disponer de mayor número en la próxima primavera, y las emplearé en el tiempo y lugar que me parecerán mas convenientes para el bien de mi reino y para mi fama.» Mas claramente no podia anunciarles la guerra.

Entre tanto tuvo efecto entre Cárlos II y los holandeses una competencia tan edificante como la de Suecia. El rey de Inglaterra se mostraba inagotable en inventar pretextos para declarar la guerra, y el gobierno holandés no se cansaba de humillarse de mil maneras para evitarla. Ya exigia Cárlos satisfaccion por las medallas que en la guerra anterior se habian acuñado, conmemorando las victorias holandesas, ya pedia que toda la escuadra de guerra holandesa saludara primero á un pequeño yacht inglés, ó bien el derecho exclusivo de pesca en las aguas holandesas, etc. A medida que los holandeses se sometian á todas estas exigencias, mas se descomedia el rey. Para complacerle nombraron capitan general al príncipe de Orange; pero esto no fué obstáculo para que la escuadra inglesa cayese en mayo de 1672 sobre la holandesa de las Indias cargada de tesoros, sin motivo ninguno, de improviso y sin declaracion prévia de guerra, bien que con poquísimo éxito. Pocos dias despues de este ataque pirático, declaró la guerra.

El gobierno francés se portó de un modo peor, pues ni siquiera buscó un pretexto para la guerra; sus tropas hacia tiempo que estaban en la frontera prontas á entrar en el país vecino á cualquier momento. La entrada en accion fué facilitada por uno de los tres hermanos Fuerstenberg que eran los partidarios y agentes mas activos de Francia en Alemania. Uno era el ministro omnipotente en la corte de Baviera, el segundo era obispo de Estrasburgo y el tercero canónigo y ministro principal en la corte electoral de Colonia. Este

El gran Condé

último proporcionó la ocasion del conflicto, determinando á su soberano, en guerra con la nobleza, á pedir contra ella el auxilio del rey de Francia, el cual al momento mandó allí un ejército que ocupó la importante plaza fuerte de Neuss donde estableció en seguida almacenes de municiones de toda clase. Hecho esto, declaró Luis XIV en 1.° de abril del año 1672 á los holandeses la guerra y á los pocos dias estaban reunidos 90,000 franceses y 30,000 hombres de tropas aliadas alemanas y mercenarias á orillas del Rhin y del Mosa, en el obispado de Lieja que pertenecia al príncipe elector de Colonia, el aliado de la Francia. Mandaban el ejército francés nominalmente á las órdenes del rey, los eminentes generales Condé, Turena y el mariscal de Luxemburgo. A principios de junio estaban ya en manos de los franceses todas las fortalezas del ducado de Cléveris, que pertenecian al elector de Brandeburgo pero que se hallaban ocupadas por los holandeses en garantía de una deuda antigua.

Como es de suponer, los holandeses no estaban preparados, tanto menos cuanto que De Witt, por temor al príncipe de Orange, no habia aumentado el ejército de tierra, á pesar de la situacion política, desde algunos años tan amenazadora. Sabia que el ejército era partidario de aquel jóven general; y á pesar de tratarse en aquellos momentos de la existencia misma de la república, y de ser cuestion de vida ó muerte reunir en una sola mano enérgica y capaz la direccion de

toda la fuerza armada, el receloso De Witt á fuerza de trabas dejó reducida á un vano nombre la autoridad de aquel príncipe. De repente quedaron aterrados los hombres del partido dominante al ver que el enemigo estaba en el país, el cual se hallaba completamente indefenso. Hasta la misma naturaleza parecia haberse aliado con el enemigo, porque el verano era caluroso, la sequía grande y los rios detrás de los cuales los holandeses se creian inexpugnables se habian hecho vadeables. La ruina de la Holanda parecia inevitable, y esto era tambien la opinion de Luis XIV, que contaba acabarlo tan seguramente todo en una sola campaña, que tenia ya nombrados los comandantes para todas las plazas fuertes de la república. A esta conquista pensaba que siguiera naturalmente otra, la de la Bélgica ó sean los Países Bajos españoles; tras esta vendria la de toda la orilla izquierda del Rhin, y finalmente habria quedado sometida á la Francia directa ó indirectamente toda la Europa. Estas habrian sido las consecuencias del vencimiento y desaparicion de la Holanda y esto en la corte de Paris se sabia muy bien, como lo prueba lo que escribió entonces, Mme. de Sevigné que tan exactamente refleja el temperamento de la corte de Versalles. Dice esta señora en una carta fechada en 13 de junio de 1672: «V. verá cómo el rey sale victorioso, y cómo en adelante no tendrá mas que decir: «quiero este cacho de Europa», para que sin necesidad de que se moleste poniéndose á la cabeza de su ejército, se apresuren los interesados á darle lo que quiera.»

CAPITULO VII

LA PRIMERA GUERRA DE COALICION CONTRA LUIS XIV

En medio del pánico que se habia apoderado de toda la Europa al ver los gigantescos preparativos militares y los brillantes resultados de cuanto emprendia la Francia, se necesitaba mucho valor y era preciso haberlo pensado bien primero, para dar la señal de resistencia contra un enemigo semejante. Este mérito y con él, el de haber librado á todo el continente de la esclavitud francesa pertenece al gran elector de Brandeburgo Federico Guillermo. Él solo en toda la Europa habia ofrecido repetidas veces y finalmente á fines de abril impuesto á la fuerza su alianza á la Holanda en condiciones para él muy desfavorables. Este príncipe de cuyo egoismo tanto se ha hablado, vió claramente que no se trataba de una cosa frívola, sino de un proyecto de monarquía francesa universal, y en su consecuencia tomó su resolucion con una elevacion de miras muy superior al egoismo vulgar. Trató de hacer alianza ofensiva con la Dinamarca y algunos otros potentados importantes del imperio, pero sin resultado. En todas partes se elogiaba la actitud heróica del Estado de Brandeburgo, pero tambien se rechazaba todo compromiso en una accion enérgica ofensiva. Solo en la corte de Viena, allí donde menos se pensaba, encontró su proyecto una acogida algo mas favorable. El gobierno austriaco habia recibido pruebas de que la Francia habia animado y auxiliado secretamente con dinero á los húngaros sublevados, circunstancia que explotó en seguida el partido español, bastante numeroso todavía en aquella corte, para ganar al emperador á sus intereses y acabar con la influencia del ministro Lobkowitz; y como los franceses al ocupar el ducado de Cléveris, es decir, un territorio del imperio, habian faltado al convenio tan vergonzoso, firmado en noviembre de 1671, resultó el Austria libre de todo compromiso. Firmó en su consecuencia en 23 de junio de 1672 un tratado con el elector de Brandeburgo para sostener los tres tratados de paz de Westfalia, de los Pirineos y de Oliva, y no sufrir en el imperio la presencia de tropas extranjeras, á cuyo fin cada una de las partes contratantes se obligó á aprontar un cuerpo de 12,000 hombres que mandaria en jefe el elector. Este creyó de veras que el Austria se le habia unido estrechamente al fin para salvar la Alemania y la Europa.

Ya era tiempo; como un rio que sale de madre habíanse extendido las tropas francesas por los Países Bajos, y en un abrir y cerrar de ojos derrumbóse el poder de la Holanda, tan ensalzado y admirado de todo el mundo. Su ejército desorganizado y debilitado dejóse desalojar del paso inexpugnable del verdadero Rhin ó sea el brazo llamado particularmente Leck, cerca del respetable fuerte de Tolhuys que antes habia defendido victoriosamente un puñado de soldados holandeses contra un ejército español. Este es el celebérrimo paso del Rhin de Luis XIV, cantado por Boileau y por una caterva de innumerables poetastros, celebrado con la acuñacion de medallas, hecho conservado para las generaciones futuras por el arco triunfal de la puerta de San Dionisio en Paris, y ensalzado por los aduladores del rey y de la nacion como hazaña superior á todas las de Julio César, mientras un juez, por cierto competente y perito en la materia, Napoleon I, lo califica en sus memorias de una «operacion de cuarta clase». Añádase á esto que Luis XIV dió en esta como en otras ocasiones una muestra de gran prevision en el cuidado de su propia persona, muestra que le valió las burlas secretas de sus cortesanos y las públicas de sus enemigos en el extranjero.

Pasado el rio, invadió Luis con Turena la provincia de Güeldres, el mariscal de Luxemburgo la de Over-Yssel, y el obispo de Munster la de Groeninga. Los soldados holandeses desanimados entregaron sin resistencia sus fortalezas desmoronadas, como Deventer, Zwolle, Doesburg, Zuetphen, Arnheim, Nimega, Naarden, Utrecht y muchas otras, que en todo el mes de junio quedaron en manos de las tropas francesas. Conviene tambien tener presente que el rey tuvo cuidado de publicar en todo el país un bando feroz, en el cual amenazaba con el saqueo á toda poblacion que resistiera y á su guarnicion con la muerte.

Mientras esto ocurria en tierra firme, el almirante holandés de Ruyter dió en el golfo de Souls una batalla naval á las escuadras inglesa y francesa unidas, quedando victorioso pero sin obtener otra ventaja alguna.

De las siete provincias y territorios anexos solo quedaban libres del enemigo la pequeña Zelanda y la mayor parte de la Holanda propiamente dicha; porque las avanzadas de la caballería francesa llegaban hasta dos leguas de Amsterdam.

De Witt y sus secuaces no vieron otra salvacion sino la humillacion y sumision mas bajas, y enviaron al campamento del rey establecido delante de Duisburg una embajada ofreciéndole la cesion de todos los territorios anexos á las siete provincias, y una indemnizacion de guerra de diez millones. A haberlo aceptado Luis, la Francia habria sido dueño del curso inferior del Mosa y del Escalda occidental y habria tenido completamente cercada la parte española de los Países Bajos. De esto á incorporarse toda la Bélgica no habia mas que un paso, que habria sido una simple cuestion de tiempo, y Francia habria logrado su deseo secular de tener el Rhin por frontera. No llegó este caso; el rey de Francia, dando oidos á los consejos del orgulloso Louvois y á las sugestiones de su odio personal, puso condiciones tan duras, que la república libre de los Países Bajos habria quedado reducida á ser un vasallo pequeño, débil é indefenso de la Francia. Entre otras cosas pidió la cesion de las provincias de Nimega y Güeldres meridional, la isla de Bommel, Graves, el condado de Moers, la supresion de todos los derechos de entrada de géneros franceses y la prestacion de homenaje repetida cada año.

Esto provocó un cambio de escena é hizo patente el gran defecto de Luis XIV y de sus ministros, que durante todo el reinado de este rey fué causa de varios grandes descalabros á pesar de sus cálculos arteros; es decir, el defecto de creer que la fuerza bruta y material bastaba para aspirar á todo y conseguirlo todo. El carácter, la índole, la virtud del individuo y de las naciones no eran para ellos nada; mas la humanidad europea no habia por fortuna retrocedido hasta el grado de no ser mas que un rebaño sin voluntad ni carácter.

El pueblo holandés estaba indignado de la administracion y política de su gobierno aristocrático, porque atribuia con bastante fundamento sus tristes resultados á su pasion por los intereses del partido. Obligó por lo pronto á sus gobernantes á romper los diques, é inundar todo el país; á anular las leyes contrarias y nombrar lugarteniente general ó estatúder y general en jefe de todas las fuerzas terrestres y marítimas á Guillermo de Orange, entonces de edad de veintiun años. El primer resultado de estas medidas decisivas fué muy favorable; el mar, base y orígen del poder y prosperidad de las Provincias Unidas, salvó lo que habia quedado de ellas, porque, abiertos los diques é inundado el país, impidió el ulterior avance de los franceses; pero el pueblo furioso no se contentó con este resultado. Necesitaba víctimas, y al saber las condiciones vergonzosas bajo las cuales Luis XIV y Cárlos II ofrecian la paz, porque este último exigia tambien humillaciones extremadas, el populacho de Amsterdam mató á De Witt y á su hermano Cornelio, no obstante los grandísimos méritos de este como almirante. Muchos de sus amigos y parciales huyeron. A esta terrible venganza popular, dirigida mas bien contra los errores políticos que contra los defectos morales de la aristocracia holandesa, contestó Luis XIV con inauditos horrores que mandó cometer á sus tropas en las comarcas ocupadas, con lo cual no hizo mas que aumentar la exasperacion de la nacion. Precipitáronse con una actividad calenturienta los preparativos de guerra, tanto que Guillermo III pudo ya intentar en algunos casos movimientos ofensivos, mientras De Ruyter defendia con éxito las costas con sus fuerzas navales inferiores contra las escuadras unidas de los dos reyes y logró hacer entrar en los puertos patrios la flota de las Indias cargada entre otros tesoros de catorce millones de florines que fueron inmediatamente empleados en la defensa del país.

Sin embargo, todas estas ventajas no habrian hecho mas á la larga que aplazar la ruina de la república si no hubiese recibido un auxilio vigoroso de fuera, pues que á la llegada del invierno se habrian helado las aguas y la inundacion artificial del país no habria ya podido detener á los franceses.

La primera potencia que se movió fué la España, entonces tan menospreciada. Tenia por lugarteniente en sus provincias de los Países Bajos al marqués de Monterey, caudillo enérgico y animoso que en medio de todas las desgracias y reveses de fortuna tenia fe en el glorioso pasado de su patria y en un mejor porvenir. Convencido de que la ruina de Holanda seria precursora de la sumision de la Bélgica á Francia que por todo atropellaba sin consideraciones de ninguna clase, no titubeó en arrojar sus escasos medios en la balanza de la guerra, y en julio hizo ocupar por sus tropas las importantes fortalezas de Breda y Hertogenbusch en el Brabante septentrional, con lo cual las salvó para la república holandesa. Mucho mas importante todavía fué la marcha hácia el Alto Rhin del elector de Brandeburgo á la cabeza de 26,000 hombres, seguidos de un cuerpo austriaco de 16,000 hombres á las órdenes del celebérrimo Montecuculi.

En estas circunstancias evidenció Luis XIV completamente su carácter, inclinado ante todo el aparato, á satisfacerse con apariencias y sin un átomo de genio verdadero. Viendo delante de sí la inundacion de Holanda, á retaguardia los preparativos militares del gobernador español de la Bélgica y al Oriente la aproximacion del ejército austro-brandeburgués, conoció que por lo pronto no habia ocasion de victorias de relumbron, sino la seguridad de una lucha trabajosa sujeta á las alternativas de la suerte y de éxito de todos modos dudoso; y no queriendo exponerse á semejantes vaivenes, volvióse á principios del mes de agosto á San German, donde saboreó los frutos de sus triunfos fáciles haciéndose aplaudir y llamar el caudillo mas valiente del orbe por sus cortesanos y *cortesanas* y por los poetas venales que no se cansaban de incensarle con sus elegantes agudezas. En realidad quedaban las dificultades verdaderas por vencer. El mariscal de Luxemburgo fué el encargado de proteger, colocado cerca de Utrecht, las conquistas hechas, mientras Turena debia vigilar á los españoles y mas á los brandeburgueses é imperiales. En resúmen, la ofensiva de los franceses se cambió en defensiva.

El elector Federico Guillermo, deseoso de medirse con los franceses, hacia todo lo posible para llegar cuanto antes al Rhin; pero el general austriaco Montecuculi encontraba siempre nuevos subterfugios para no llegar nunca. Pronto tuvo el elector, por cartas interceptadas, la explicacion de este misterio, y supo que era el juguete de los gobernantes en Viena. En una de estas cartas decia Lobkowitz á Gremonville que la marcha del contingente austriaco era un simple simulacro, destinado á enfrenar los brios del elector, caballo desbocado. En otra, fechada algunos meses despues, decia al francés que el elector era un fanfarron que todo lo queria hacer en grande, pero que ya se le obligaria á renunciar á sus bravatas. En otras cartas dirigidas á los potentados alemanes cerca del Rhin les invitaba á no dejar acercarse á este rio el ejército austro-brandeburgués, pues que estaba decidido á conservar la paz con Francia á despecho de todo. Claro está que el general Montecuculi obraba en conformidad con instrucciones recibidas, y por lo mismo, aunque mas fuerte que Turena, evitaba todo encuentro con las fuerzas francesas. En esto llegó el invierno; las tropas del emperador se instalaron en Paderborn, y las brandeburguesas en su condado de Mark, de modo que á primera vista poco ó nada habia producido este alarde belicoso, y razon tenian los holandeses de retirar en su penuria los subsidios á su aliado brandeburgués que tan poco hacia para ellos.

No obstante, esta diversion en apariencia tan estéril, habia salvado la Holanda, porque las fuerzas del príncipe de Orange no podian medirse con una parte de las del mariscal de Luxemburgo, cuanto menos con todo el ejército francés. Todas sus tentativas ofensivas fueron constantemente rechazadas y los franceses no se movieron un paso del territorio que tenian ocupado. Este territorio por órden expresa del rey fué infamemente esquilmado y maltratado, y además de las sumas enormes que los infelices habitantes tuvieron que entregar por contribuciones de guerra, confiscaciones, raciones y forrajes, los generales, intendentes, oficiales y soldados se apropiaban todo lo que les agradaba, arrancando á los desgraciados sus últimos ahorros, la última alhaja por oculta que la tuviesen, y empleando para ello los tormentos mas crueles y hasta el asesinato. En vano suplicaron Colbert, Pomponne, algunos generales y hasta intendentes del ejército que se tuviese alguna misericordia con la poblacion indefensa; todo fué inútil; el rey prefirió seguir los consejos de su ministro vengativo Louvois, y segun las notas del mismo soberano, prevaleció la órden de «devorar el país» *(manger le pays)*. El mejor instrumento y director de ejecucion de semejantes órdenes inhumanas era el mariscal de Luxemburgo, hombre de una elasticidad incomparable de conciencia, audaz, penetrante y sagaz como nadie, codicioso hasta el exceso, y cruel y disoluto como el peor tirano. Louvois le escribió en una ocasion semejante: «A pesar de que el rey está convencidísimo de que V. le ha robado con mano firme en el país que acaba de abandonar, se da S. M. por muy contento con lo que V. le ha dejado.» ¡Qué cinismo en ambos personajes! Un intendente se disculpó de no poder remitir mayor botin, porque «aun así, habia empleado todas las crueldades imaginables.»

Consolóle el ministro Louvois diciéndole en su contestacion: «La suma total ha excedido á mis esperanzas, y le suplico que no se canse de ser todo lo perverso que pueda y siga en la senda empezada con todo el rigor posible.»

Desde entonces apoderóse de los corazones de los holandeses el odio mas profundo é inextinguible á los franceses, odio que solo empezó á menguar al cabo de un siglo.

Entre tanto iba empeorando la posicion del elector Federico Guillermo, aprestándose contra él el elector de Sajonia y la Suecia, ávidos de sacar provecho del aprieto en que se hallaba. Para mayor desgracia arrancó Turena á la corte de Versalles el permiso de emprender, cosa inaudita entonces, una campaña de invierno contra el elector. Este por su parte no se amedrentó y quiso medir sus fuerzas con el francés; pero los austriacos se negaron otra vez á tomar parte en la lucha; y así sin ser cobarde ni vencido sufrió Federico Guillermo una verdadera derrota muy sensible, debida á la envidia secreta del gobierno austriaco. Abandonado de su aliado tuvo que retirarse con su ejército, desanimado hasta Halberstadt, donde se resolvió á negociar con el gobierno francés para hacer la paz que despues de mucho regatear fué firmada en Vossem en 6 de junio de 1673 sobre la base de las condiciones propuestas por el elector en vista de la posicion amenazadora que acababa de tomar la España. Federico Guillermo recuperó el territorio que los franceses le habian ocupado, menos algunas plazas fuertes, con la condicion de que el ejército brandeburgués no pasara el rio Weser; y en cambio de 800,000 libras de subsidios que prometió pagarle el rey de Francia se obligó á no prestar auxilio á ningun enemigo de Luis XIV, mientras no le impidiese esta condicion cumplir con sus deberes para con el imperio aleman de que formaba parte. No se comprende cómo la diplomacia francesa tan ladina y astuta dejó pasar esta última condicion ó traba, que en el fondo significaba sencillamente que siempre que el emperador y el imperio quisieran ponerse sériamente del lado de la Holanda, quedaba libre el elector de Brandeburgo de asociarse á la empresa; es decir, que para él esta paz no era mas que un armisticio que podria denunciar á la primera ocasion que le conviniese.

Esta no tardó en presentarse, porque en el imperio se efectuó luego un cambio decidido de opinion. Los atropellos de los franceses eran tales, que abrieron los ojos al mas ciego: la ocupacion traidora de la Lorena, el ataque no menos traidor á la Holanda solo «porque habia disgustado al rey;» los indecibles horrores que cometian las tropas francesas en aquella tierra, y luego el descaro con que Turena, apenas firmada la paz de Vossem, se fortificaba en el corazon del imperio, en la comarca del Wetterau, donde cumplia las instrucciones de Louvois, que le encargaba «de no arruinar del todo á los alemanes,» todo contribuyó á la excitacion de la opinion pública.

En vista de la corriente anti-francesa que se entablaba, poco importaba ya que Luis XIV abriera la campaña de 1673 dirigiendo en persona el sitio de Maestricht en apariencia, porque en realidad cayó á principios de julio esta última plaza fuerte de los holandeses á orillas del Mosa por efecto de la direccion inteligente de Vauban. Durante este sitio habia vencido De Ruyter por tres veces á las escuadras inglesa y francesa reunidas y hecho entrar incólume otro convoy de buques procedentes de la India en los puertos patrios.

Luis XIV quiso atemorizar á la Alemania con un golpe de gran efecto en contestacion á las exigencias del emperador, que pedia la retirada de las tropas francesas del territorio del imperio, la restitucion de la Lorena, una seguridad para España de no ver mas hollados los tratados de paz, y la conservacion de la Holanda, bastante humillada ya. Luis contestó cayendo de improviso sobre el pacífico electorado de Tréveris, cuyo soberano no tuvo mas remedio que meterse en la fortaleza de Ehrenbreitstein. Apenas hecho esto, se lanzó el rey sobre las ciudades libres del imperio en la Alsacia, que habian conservado su independencia en la paz de Westfalia. Estas empresas brutales no dieron, sin embargo, mas resultado que irritar á toda la Alemania contra el autor de semejantes traiciones, y convencer á todo el mundo de que en las llanuras inundadas de Holanda se habia de decidir si la Europa habia de ser libre ó esclava. A raíz de estos sucesos, si bien el emperador no destituyó definitivamente á su ministro Lobkowitz, le quitó casi toda la influencia de que hasta entonces habia gozado, y en seguida se realizó, en 30 de agosto de 1673, una alianza entre el emperador, la España, Holanda y el duque de Lorena, que aunque desposeido de su país disponia de un pequeño, pero valiente ejército. El objeto era el restablecimiento de los tratados de paz de Westfalia y de Aquisgran, para lo cual todos prometieron contribuir con todas sus fuerzas, y la república holandesa con subsidios que pagaria al Austria y al duque de Lorena. Gremonville hubo de marcharse de Viena, pues que su soberano con sus acciones brutales inutilizaba todos los trabajos del hábil embajador que en premio de ellos cayó inocentemente en desgracia. Un ejército imperial de 35,000 hombres marchó hácia el Rhin para dar el extraño espectáculo de ver á la casa de Habsburgo tomar la defensa del pueblo holandés, que un siglo antes se habia sublevado contra ella, y que luego habia sido por ella combatido durante ochenta años. A la sazon lo iba á defender contra la Inglaterra y la Francia con cuyo auxilio se habian sostenido los holandeses contra los Habsburgos.

La campaña se abrió bajo los mejores auspicios. Guillermo de Orange sorprendió y tomó la importante plaza de Naarden. Montecuculi dió pruebas de su pericia militar; fingió querer penetrar en la Alsacia, con lo cual logró engañar tan completamente al mariscal Turena, tan perspicaz, que éste se retiró á toda prisa y con muchas pérdidas al país que creia amenazado, mientras Montecuculi, en lugar de seguirle realizó su reunion con Guillermo de Orange en el Bajo Rhin, y juntos castigaron al elector de Colonia por su alianza con Francia, apoderándose de su residencia y plaza fuerte de Bonn.

La actitud y resolucion varoniles del Austria provocaron un cambio completo de situacion; porque Luis XIV, amenazado por los españoles y atacado por los alemanes, hubo de resolverse muy á su pesar, á renunciar á sus conquistas y á evacuar la Holanda. ¡Qué humillacion para su orgullo, y qué júbilo para sus enemigos!; pero no habia remedio, necesitaba en otra parte las tropas que guarnecian las plazas quitadas á los holandeses, y en 2 de noviembre empezó la retirada, por supuesto no sin los correspondientes saqueos, extorsiones, matanzas é incendios horribles. Solo á la ciudad de Utrecht arrancaron entonces los franceses un millon de florines, y estos horrores aumentaron el odio que en Europa